

tomar la plaza por asalto, pero fué derrotado después de siete horas de encarnizada lucha, dejando prisioneros 8 jefes y 160 soldados y multitud de cadáveres y heridos.

Varios jefes mexicanos habían indicado ya á González Ortega la conveniencia de abandonar la ciudad con el fin de salvar el ejército de Oriente; pero él con gran energía manifestó de un modo terminante su resolución de perecer si fuese necesario, disputando palmo á palmo el terreno á un enemigo que contaba con poderosos elementos de guerra. Añadió que no admitiría ni propondría capitulación ninguna y que su deber y el del ejército era sucumbir dentro de la plaza para dejar ileso el honor de la patria.—No me han mandado abandonarla—dijo para terminar.—mi consigna ha sido defenderla.—Yo soy el primero que sigo á usted por ese honroso camino,—exclamó electrizado el valiente Gral. La Llave.—Mis órdenes deben cumplirse, repuso el Gral. en Jefe,—porque soy el único responsable de la defensa de la ciudad.

Después de la derrota de Comonfort en San Lorenzo, el 8 de Mayo, la situación se hizo verdaderamente insostenible por falta casi absoluta de municiones de boca y guerra, y tras nuevos y prodigiosos actos de patriotismo y valor, se determinó romper todo el armamento y piezas de artillería, disolver el ejército y entregarse el cuerpo de jefes y oficiales sin condición alguna. Ejemplo único en la historia!

Se entregaron á discreción los Gerales. González Ortega, Paz, Berriozábal, Alatorre, La Llave, Huerta, García, Calombres, Mejía, Mora, Antillón, Hinojosa, Patoni, Gayosso, Osorio, Pinzón, Porfirio Díaz, Lamadrid, Rioseco, Escobedo, Prieto, Caamaño, Sánchez, Cosío, Auza, Loera y González de Mendoza; 303 oficiales superiores y 1,179 subalternos. El clero poblano saludó con un solemne *Te deum* la entrada del ejército invasor; pero el pueblo, y aun los mismos franceses, insultaron á los traidores, hasta el punto de ser azotados públicamente con baquetas de fusil, unos oficiales de Márquez por unos cazadores de Africa.

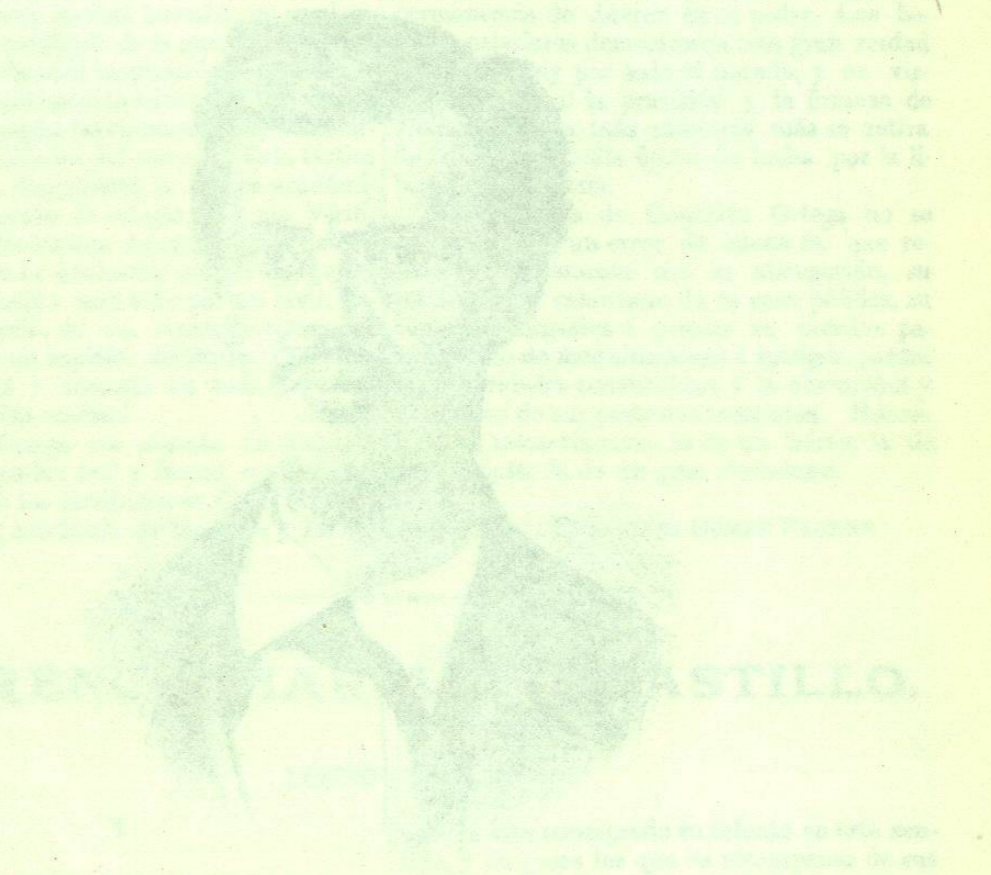
Forey que trató al principio con grandes consideraciones á sus ilustres prisioneros, les dijo en un raptó de sentimiento justiciero: "que la rendición de la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria, que no se registraba en los anales de la guerra europea, porque no había sido una rendición previas las garantías que se solicitan en esta clase de actos, ni tampoco una capitulación, y por lo mismo no hallaba un nombre propio que darle."

Nosotros sí lo hallamos: heroicidad patriótica. La defensa, en efecto, sostenida por tanto tiempo en una ciudad mal fortificada, con un

ejército improvisado, á las órdenes de un guerrero cívico, contra un ejército tres veces más numeroso en los últimos días del asedio y dotado de todas las ventajas militares, es sin duda uno de los más hermosos y memorables hechos de nuestra historia; hecho, que como dice muy bien el Sr. Pérez Verdía, "no supieron imitar los mismos franceses en su guerra con Prusia, en la cual se rindieron Strasburgo y Metz, las plazas más fuertes de Europa, á los 38 días la primera y 62 la segunda, á pesar de que los sitiados tenían abundantes elementos e igualaban en número á los sitiadores." Conducido González Ortega á Orizaba, de tránsito para la deportación á Francia, logró fugarse en aquella ciudad, y dió al Supremo Gobierno, desde Zacatecas, el 16 de Septiembre de 1863, el parte oficial de la defensa de Puebla.

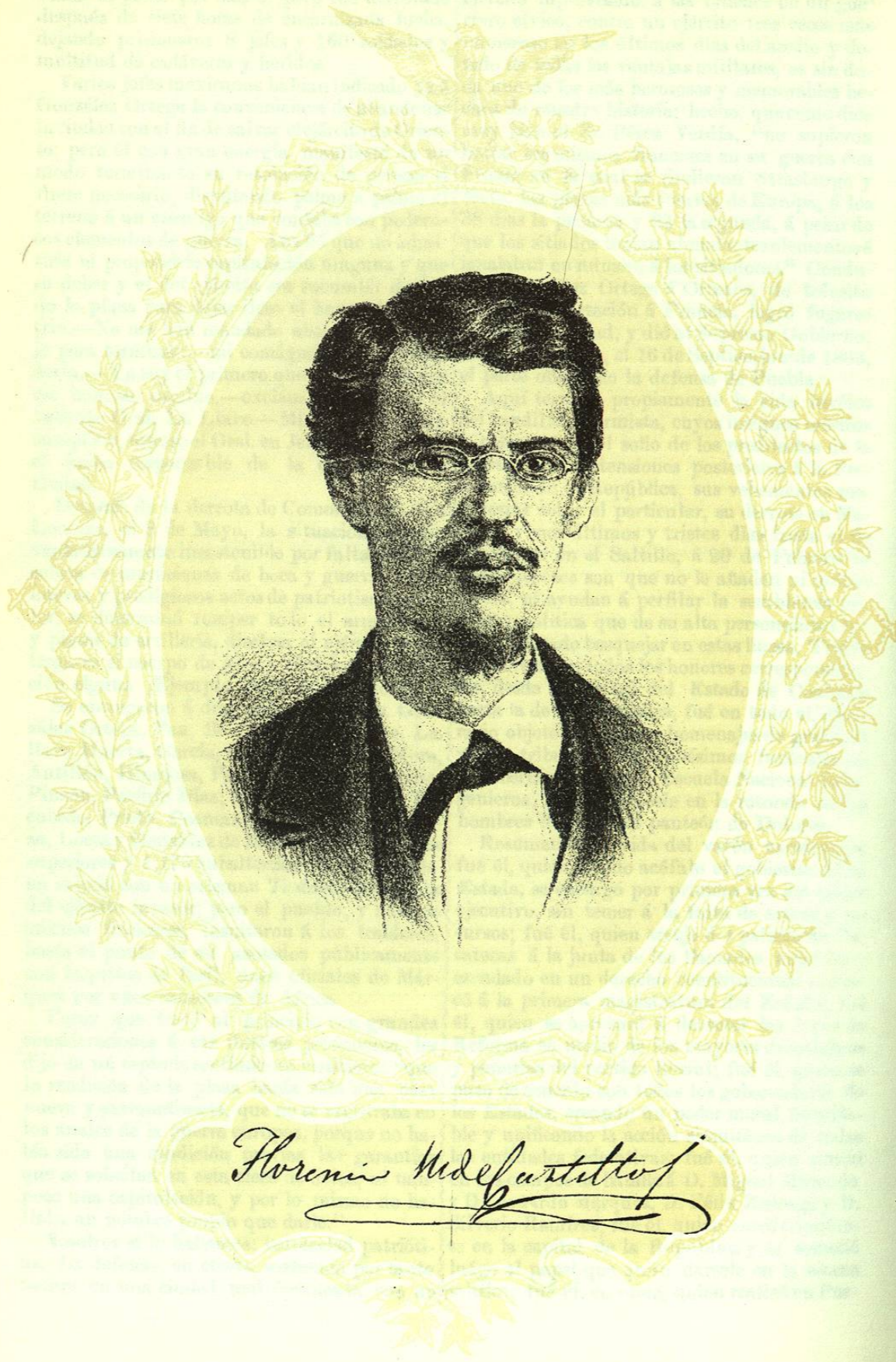
Aquí termina propiamente la vida heroica del caudillo reformista, cuyos insignes méritos le colocan bajo el solio de los predilectos de la patria. Sus pretensiones posteriores á la Presidencia de la República, sus vehementes manifestos sobre el particular, su derrota en Matamoros, y sus últimos y tristes días hasta el de su muerte en el Saltillo, á 20 de Febrero de 1881, sucesos son que no le añaden ni quitan gloria, ni ayudan á perfilar la semblanza militar y política que de su alta personalidad hemos intentado bosquejar en estas líneas. Traído su cadáver con todos los honores correspondientes, desde la capital del Estado de Coahuila hasta la de la República, fué en todo el itinerario objeto de sinceros homenajes de gratitud y se le tributaron suntuosísimos funerales en el soberbio patio de la Escuela Nacional de Ingenieros, inhumándosele en la rotonda de los hombres ilustres del panteón de Dolores.

Resumamos la vida del varón zacatecano: fué él, quien viendo acéfalo el gobierno de su Estado, se encargó por primera vez del poder ejecutivo, sin temer á la falta de armas y recursos; fué él, quien arrojó del palacio de Zacatecas á la junta de los llamados notables y escudado en un derecho constitucional se avocó á la primera magistratura del Estado; fué él, quien se apresuró á decretar las leyes de Reforma en medio de los mayores descalabros y penurias del partido liberal; fué él, quien se puso de acuerdo con todos los gobernadores de los Estados, creando un poder moral formidable y unificando la acción simultánea de todas las entidades federativas; fué él, quien venció en los campos de batalla á D. Miguel Miramón y D. Leonardo Márquez, D. Félix Zuloaga y D. Silverio Ramírez; fué él, quien entró triunfante en la capital de la República y se sometió luego al papel que quiso dársele en la escena política; fué él, en suma, quien realizó en Pue-





"Liberales Ilustres Mexicanos."



blá la más heroica acción en su género de nuestros gloriosos anales.

Se refiere que la causa eficiente de la gran popularidad y las victorias de González Ortega, radicada en su ingénita elocuencia para conmover las masas populares: hablaba, y las chusmas le seguían fanatizadas; la tropa sucumbía al hambre y al cansancio, su voz vibrante y profética la enardecía y entusiasma-ba hasta el delirio, y aquellos soldados macilentos y andrajosos, morían gozosos al pie del lábaro constitucional. Sus audacísimos planes militares eran hijos de su carencia de sabiduría técnica: como Aníbal buscaba, no en el arsenal del arte codificado de la guerra, sino en el arsenal de su fecunda inspiración el recurso estratégico, el movimiento adecuado, la posición conveniente, según las circunstancias del combate y las cualidades del terreno. Esta táctica especial suya, desconcertó la táctica académica de los generales de colegio, y pudo verificarse el raro fenómeno, aunque lógico dentro de las leyes de la evolución social, de que el ejército del pueblo mandado por un civil, derrotase al ejército de las clases privilegiadas mandado por un capitán de título. ¡El militar lego venció y anonadó en toda forma al experto y perito militar!

González Ortega era además un patriota sincero, un hombre leal y franco, un ciudadano idólatra de las instituciones libres y respetuoso hasta el escrípulo de las leyes y las au-

toridades legítimas. De estas condiciones de su carácter, nacieron sus pocos errores como político: creyó que la ley está y debe estar siempre sobre toda consideración y toda conveniencia; y á la ley de regularidad legal inferior que él tremolaba, opusósele la ley de vida ó muerte para la nación ante el peligro exterior de la guerra extranjera. No se viola la Constitución cuando se salva á la patria, y en los momentos en que González Ortega exigía el cumplimiento de un precepto constitucional, los más caros y vitales intereses de la República y de la misma Constitución, exigían la permanencia de Juárez en el poder. Los hechos posteriores demostraron esta gran verdad reconocida hoy por todo el mundo, y en virtud de la cual la previsión y la firmeza de Juárez admiran más mientras más se retira de nosotros aquella época de lucha por la libertad y la patria.

La grandeza de González Ortega no se amengua por un error de buena fe, que reparó suficientemente con su abnegación, su retraimiento voluntario de la cosa pública, su constante negativa á prestar su nombre para amparo de maquinaciones é intrigas contra las autoridades constituidas, y la obscuridad y el silencio de sus postreros instantes. Honremos su memoria como la de un héroe; la de un patriota; la de un gran ciudadano.

FRANCISCO GÓMEZ FLORES.

FLORENCIO MARÍA DEL CASTILLO.

1828-1863

MEXICO también ha contado invictos campeones de la democracia y libertad en las nobles lides de la prensa y de la tribuna; apóstoles que han sabido sostener y luchar por sus ideas, con el ardor y la constancia de los mártires. En el periódico, en la tribuna y en la poesía, han descollado como otros en los elevados puestos de la política ó de los campos de batalla, y ora con su pluma han discutido las cuestiones más trascendentales, ora con su elocuencia han convencido de la justicia de sus principios, ora en fin, con sus inspirados cantos, han comunicado al pueblo el entusiasmo y valor cuando éste los ha necesitado. Muchos son los escrito-

res que han consagrado su talento en este sentido, y no pocos los que en recompensa de sus afanes y sacrificios han cosechado únicamente la persecución, el ostracismo y la muerte.

Ahí están, por ejemplo, Fernández de Lizardi, el patriarca de la democracia y de la reforma en México, encarcelado y perseguido por el gobierno español, y encausado y excomulgado por la Inquisición y la autoridad eclesiástica; Pablo Villavicencio, más conocido por el *Payo del Rosario*, que por sus escritos, se atrajo el destierro, y por sus ideas liberales murió asesinado en Toluca por un corifeo de la reacción; Juan Bautista Morales, el *Gallo Pitagórico*, magistrado integérrimo, escritor satírico de primer orden, víctima del dictador Santa-Anna, y al que intentó el parti-



do clerical arrancar á la hora de su muerte la retractación de su credo liberal; ahí están también Quintana Roo, el orador elocuentísimo, y Juan Valle, que aun ciego no era respetado sino escarnecido en las calles de Guanajuato por sus cobardes enemigos, y Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, sacrificados en Tacubaya del modo más infame, é Ignacio Ramírez y tantos otros, que son lustre y timbre de las letras mexicanas, y honra y orgullo del partido liberal y reformista. Todos ellos, grandes, ilustres y abnegados, sacrificaron su talento y aun su vida para defender los grandes principios de la independencia y de la Reforma, ora señalando los abusos del poder, ora inculcando aquellos por medio de su pluma siempre enérgica y vibrante, por medio de su palabra siempre elocuente y avasalladora.

Lo que sufrieron, lo que lucharon por ver implantadas en México las reformas sociales, es difícil de enumerar en estas líneas, pero fácil de comprender si atendemos á la época en que figuraron, á los escasos elementos de que disponían y á los hombres que combatieron. Firmes en sus ideas, constantes en la lucha, incansables en el trabajo, sin envanecerse por el triunfo é imperturbables en la derrota, pasaron por todos los martirios; sufrieron la miseria que los devoraba al lado de sus seres más queridos, la censura que impedía la publicación de sus escritos, la mordaza que ahogaba sus pensamientos y sus palabras en la tribuna, y las cárceles que eran en muchas ocasiones las antesalas del patíbulo.

Su talento, su ilustración, sus escritos, que en una era de paz les hubieran conquistado el aplauso de sus contemporáneos y los laureles de la posteridad, no les eran reconocidos en medio de las diarias y acaloradas polémicas que tenían que sostener, pues sus contrarios no veían en ellos al genio que deslumbra, sino al sectario que derrota y á quien hay que combatir con la diatriba, con el insulto y hasta con la calumnia, sin concederle absolutamente nada, ni la razón cuando convence, ni la inteligencia cuando subyuga. Entre estos batalladores de las letras, entre estos defensores desinteresados de la independencia é integridad de nuestra nación, colocamos á Florencio María del Castillo, escritor incansable, joven de inteligencia superior, hijo immaculado y hombre completo, como adversario y como amigo, que murió mártir de sus ideas; pero que vive y vivirá para siempre en la historia de nuestra patria y en el recuerdo de aquellos que le admiraron.

## II

Florencio María del Castillo nació en la ciudad de México, el 27 de Noviembre de 1828,

y fué hijo del Lic. D. Demetrio del Castillo, natural de Costa Rica, y de Doña Francisca Velasco. Su padre había venido á establecerse en nuestra República, con un hermano llamado D. Florencio, que fué canónigo y después obispo electo y gobernador de la mitra de Oaxaca. D. Demetrio, ocupó en esta ciudad puestos distinguidos, entre otros el de magistrado, y en seguida se trasladó á México donde fué diputado y senador. El padre de nuestro biografiado procuró dar á su hijo una educación esmerada, y al efecto, una vez concluida su instrucción primaria lo hizo estudiar filosofía en el Colegio de San Ildefonso.

Desde entonces mostró Florencio su decidida afición por la literatura, pues aseguran sus biógrafos que ocupaba sus ratos de ocio en leer obras demasiado serias para su edad y en escribir pequeñas novelas que copiaba en libritos, cosidos y encuadernados por él mismo. Pronto, sin embargo, comenzaron los sufrimientos para el precoz novelista. El año de 1840 murió su padre, y quién sabe cuál hubiera sido la suerte de Florencio, si no hubiera tenido el apoyo de su hermano mayor, el distinguido jurista y eminente publicista D. José María del Castillo Velasco, que no hace muchos años dejó de existir dejando un vacío en el foro nacional. Bajo el amparo de este director fraternal tan desinteresado como inteligente, comenzó Florencio sus estudios de medicina. Pero pronto los abandonó. Su irresistible inclinación por las letras, su carácter poético y soñador y sus decepciones de colegio, pues parece que sus condiscípulos no lo comprendieron y aun se burlaban de él, fueron los principales motivos para que abandonase la ciencia de Galeno.

Comenzó, pues, Florencio, su vida de literato y de periodista. Sus preciosas novelas, sentimentales y filosóficas, comenzaron á llamar la atención del público y de los más reputados escritores. Sucesivamente dió á luz sus novelitas intituladas, *Amor y desgracia*, *La corona de azucenas*, *Hasta el cielo*, *Dolores ocultos*, *La Hermana de los ángeles*, *Expiación* y *Botón de Rosa*, fuera de muchos artículos descriptivos, literarios é históricos, que publicaba en calendarios, en periódicos de bella literatura, y en la obra *México y sus alrededores*. Desde 1856 escribía también de política. Sus artículos en este sentido, siempre enérgicos y liberales, le atrajeron refiadas polémicas, persecuciones y encarcelamientos. Fué principalmente perseguido después del golpe de Estado en Diciembre de 1857, cuando se enseñoreó el retroceso; "sufrió una dura prisión en un cuartel—dice el Sr. Ortiz—y se le confinó al Molino Blanco.

"Era entonces el tiempo de la lucha—agrega el Sr. Altamirano—tiempo tempestuoso y terrible en que el furor de los partidos se disputaba el poder y con él la dominación de las antiguas ideas ó de las nuevas, para cuyo planteamiento luchaban los demócratas, entre los cuales se contaba Castillo.

"Entonces el periodismo era un campo de batalla en que los adalides enarbolaban la bandera que debía de ser defendida después por la espada de los guerreros; la polémica no era más que el prólogo del combate, y el protagonista sellaba muy pronto sus ideas derramando su sangre frente á los canchales enemigos y en los cadalsos, ó perdiendo la libertad en las oscuras prisiones en que el odio procuraba sepultar al talento."

Florencio María del Castillo tuvo que ser uno de tantos combatientes en esa lucha de las ideas y de las reformas. No es fácil decir lo que sufriría su carácter tan melancólico y tan dulce, en medio de aquel mar revuelto de pasiones enardecidas. La miseria lo atormentó como consecuencia inmediata de las persecuciones y de las cárceles que tuvo que sufrir. Llegó á sostener polémicas tan reñidas, que una vez tuvo que aceptar un duelo con D. Félix María Escalante, duelo "tanto más sensible—como dice el Sr. Altamirano—cuanto que se ponía frente á frente de otro escritor distinguido y por mil razones apreciable."

A la vez que sostenía estas luchas periodísticas, era nombrado regidor en 1857, presidente del Ayuntamiento en 1861 y diputado por el Distrito Federal, como suplente en este mismo año de 1861, y como propietario en el siguiente de 1862.

Por último, se acercó el fin trágico de este noble luchador; pero no lo refiramos nosotros: cedamos la palabra al más elocuente de sus biógrafos:

"Vino la guerra de intervención: Florencio salió de México con su hermano el Sr. Lic. Castillo Velasco para prestar sus servicios á la santa causa de la patria; pero á los pocos meses faltaron los recursos á los dos hermanos y Florencio quiso venir á México para vender una casa, su única riqueza, que había comenzado á edificar, privándose literalmente hasta de los alimentos, con mil afanes, con sacrificios tan dolorosos como ignorados. La venta era difícil, los días pasaban, la pobreza iba en aumento; debía para completarse la obra venir la prisión y luego el destierro.

"El día 2 de Agosto de 1863, una partida de zuavos dirigida por un esbirro mexicano, vino á sacar á Florencio de su casa, á arrebatarse á su joven esposa, ídolo de aquella alma de niño, y á sus pequeños hijos que eran su deli-

cia. Se le encerró en un calabozo, se le puso incomunicado y se hizo uso con él de todo ese refinamiento de barbarie que empleaban los invasores con nuestros patriotas prisioneros.

"A los pocos días se le notificó que debía salir de México para ser confinado en el castillo de Ulúa, y se permitió á su familia despedirse de él. ¡Ay! ¡Aquella despedida debía de ser eterna! Se nos ha referido con este motivo un episodio tiernísimo, y que aunque pertenece á la intimidad de familia, queremos hacerlo conocer á nuestros lectores. La anciana madre y los hermanos de Florencio le llevaron á la prisión algunos escasos recursos pecuniarios y ropa. El más pequeño de los hijos del Sr. Lic. Castillo Velasco, que tenía cuatro años entonces, abrazó llorando á Florencio, y le dijo:—

"Tío, yo no tengo más que esto, tómelo usted."—y le alargó una pequeña moneda de plata, que Florencio recibió ahogándose de emoción.

"Después partió para Ulúa: á poco enfermó allí del vómito. Los *civilizados* franceses no le permitieron ir al hospital de Veracruz sino en los momentos de la agonía. Al embarcarse en el bote que le llevaba á la plaza, se despidió de Fernando Sort, su compañero de prisión, le hizo sus últimos encargos, y luego, entregándole algunos retratos de familia, le dió la monedita del niño, que había conservado como una reliquia, encargándole mucho que la entregara en México á su familia."

Allí, en el hospital de Veracruz, víctima del vómito, murió Florencio María del Castillo el 27 de Octubre de 1863. Murió aislado, solo, sin tener á su lado una persona querida, lejos de su esposa, de sus hermanos, de sus amigos... Sus restos, envueltos en una sábana, fueron arrojados al cementerio... Después se han buscado inútilmente: como las cenizas de muchos grandes hombres, se han perdido!

## III.

D. Luis G. Ortiz, compañero de redacción en el *Monitor Republicano* de Florencio María del Castillo, nos hace el retrato de éste en el bellísimo prólogo que puso á las obras de su amigo en 1872. Dice que era "de alta estatura, delgado y muy pálido; el cabello largo y enteramente lacio; tan pronto se le veía arrugar la frente, como se oía salir una franca risa de sus labios un poco gruesos y sombreados por un escasisimo bigote, ó dirigir alguna mirada vaga por debajo de sus anteojos Vestía siempre de negro, llevando constantemente abotonada la clásica casaca, *fiel compañera de sus fatalidades*, según él mismo decía, y no sabremos decir si había más desorden en su traje descuidado que en aquella cabellera re-



fida á muerte, como las ideas de su dueño, contra todas las tiranías y contra todas las pomadas y cosméticos."

Florencio, ya lo hemos dicho, fué de un carácter benévolo y amable. Con sus amigos gustaba de chancearse, y era un gran tomador de café. A la vez que llenaba cuartillas tras de cuartillas de original para *El Monitor*, sorbía grandes tragos del oscuro líquido, que en una gran cafetera nunca le faltaba en su mesa de escribir. Sus amigos le llamaban el *Genio*, y en más de una ocasión, que no tuvo para satisfacer su placer favorito, les dijo: —"Si queréis que algún día la Gloria cuente que dábais café al Genio, enviad y que se lo traigan."

Todo lo que ganaba lo llevaba á su madre, por quien tenía verdadero culto, y muchas veces se le vió privarse de libros, de dulces ó de café, sus tres cosas predilectas, con tal de que aquella tuviese algún dinero.

Nos falta espacio para describir aquel carácter en todos sus recónditos secretos. Quien

quiera conocerlo, lea las biografías que de él escribieron Altamirano y Ortiz, y de las que hemos tomado nosotros todos los datos aquí consignados.

Imposible es también que juzguemos aquí al escritor y al novelista; ni la índole de este libro nos lo permite, ni haríamos otra cosa que repetir lo que ya han dicho otros eminentes literatos.

Colocamos á Florencio María del Castillo en esta galería de ilustres mexicanos, por haberse hecho acreedor á ello, como liberal, como escritor político y como mártir de la Intervención francesa.

El fué uno de los representantes de la bohemia literaria de la Reforma y de la Intervención, de esa bohemia que tantos servicios prestó con sus talentos prodigiosos á la causa de la libertad y de la Patria, y de la que fué el centro y el maestro el gran Ignacio Ramírez.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

## GREGORIO MÉNDEZ.

1836—1887.

TRES años antes del de su muerte, al caer la tarde, acostumbraba vagar por el Zócalo y el jardín de Catedral, flacucho, cabizbajo, cargado de hombros, haciéndole arrugas el traje por todo el cuerpo y apoyado en un bastón andaba trabajosamente, porque un reuma se le había declarado en rebeldía, paralizándole las articulaciones de las rodillas; así es que para poder andar daba zancadas haciendo grandes esfuerzos. Luego que el sudor le bañaba la frente, volvía jadeante á su hogar, ya entrada la noche casa número 4 de la calle del Ex-Seminario, y cenaba para tomar la cama. En el trayecto muchas cabezas se le descubrían y contestaba con mucha familiaridad, pronunciando un nombre propio y tuteando al sujeto. En la casa una turba de jóvenes de Tabasco le hacían á su llegada agasajos de padre y entonces el enfermo perdía su gravedad por la satisfacción de tanto cariño y chanceaba y reía con todos ellos, que le formaban corro. A veces su frente serena se nublabá, contraía los labios, fijaba los ojos y prorumpía en regaños paternales contra algún joven.

Y era porque á quien así reconvenía había faltado en el día á la oficina en que estaba em-

pleado ó á la asistencia de sus clases; porque ese hombre, en medio de sus crueles dolencias, se informaba día con día de la conducta de los menores que vivían á su lado y que le tenían por tutor de orden de sus padres, unos hacendados y comerciantes tabasqueños que profesaban mucho respeto y confianza á D. Gregorio. Por esos días *El Socialista*, *La Epoca*, *El Hijo del Trabajo*, *El Monitor Republicano*, *El Diario del Hogar* y *La Patria* le postulaban para gobernador del Estado de Tabasco. —"Es en vano; yo no he de ser.—¿Por qué, D. Gregorio, si hasta en San Juan Bautista lo postulan?—le replicaba uno de tantos.—Porque las elecciones ya no las hace el pueblo.—¿Supóngase usted que nó, pero aun los del mismo Gobierno del Estado quieren á usted; además, usted ha sido gobernador y lo conocen.—Precisamente por eso no lo seré. Yo goberné en tiempo de Juárez, cuando se gobernaba con la ley."

Pasaban meses y le llovían cartas de los Estados, en las que, personas caracterizadas, le manifestaban la conveniencia de que fuera electo, protestando prestarle toda clase de apoyo. Vinieron las elecciones; todo el mundo lo señalaba como el futuro gobernante, porque

## "Liberales Ilustres Mexicanos."

